

Los delfines

Atilio Caballero

AUNQUE EL BALNEARIO ESTABA RELATIVAMENTE CERCA, SALIERON BIEN TEMPRANO para aprovechar el día y ganar una jornada de sol, de mar azul y arena fina. Relativamente porque, en condiciones normales, nunca serían más de tres horas de viaje. Aún así, llegaron poco antes de la medianoche. Viajaron a saltos, empantanándose en algunos pueblos del camino. El dinero era mejor reservarlo para después, no debían malgastar en transporte. De todas formas, ellos contemplaron con entusiasmo y bondad estos villorrios nada pintorescos, con su parroquia y su carretera que los partía en dos. La recompensa de la meta atenuaba cualquier inconveniente.

Se celebraba un concurso sobre el amor, y a él le habían pedido evaluar aquellos versos ardientes, delirantes o temerarios. En la playa más bella del mundo, decían. Era una combinación excelente, y decidió llevar a su amante. Como invitado especial, nadie pondría objeciones. Las reglas de la hospitalidad y la etiqueta recomiendan solucionar estos imprevistos con eficiencia y soltura, de modo que el huésped no note siquiera la desazón inicial.

Era la oportunidad esperada. Y dadas las condiciones, no podía ser mejor. Tres días, con todos los gastos pagos, en un lugar de ensueño. Tanto tiempo haciendo el amor en los huecos de las escaleras, detrás de una puerta que en cualquier momento se podía abrir, en cualquier pausa entre una mirada y la otra los había hecho anhelar ese instante de tranquilidad, de abandono y entrega sin preocupaciones. El tiempo de la aventura se marchitaba, los sobresaltos comenzaban a agotarlos.

Había una fila de Mercedes-Benz parqueados, con la puerta del conductor abierta y un chofer de uniforme junto a cada volante. El camión se detuvo al final de la cola, les cobraron un precio ridículo «para no perder la costumbre», y ellos desfilaron ante la caravana de autos, rechazando las ofertas con suficiencia. Era un lujo digno del lugar, un buen comienzo. El hotel estaba unos dos kilómetros y prefirieron caminar, sentir la brisa fresca, la agradable sensación de saberse allí.

Lo que más les llamó la atención fue la calma. Paseando por una avenida que se abría entre dos hileras de pinos, podían oír desde allí el ruido de las olas. Parecía demasiado tranquilo siendo un sitio para el ocio. Aburrido, incluso, teniendo en cuenta la hora. No salía música de ningún local, no se oían risas. Todo en silencio, iluminado por resplandecientes anuncios de neón incitando al desenfreno, al alboroto de la feria. Cada tanto, alguien

cruzaba con prisa una calle. Vieron una pareja que se internaba entre los pinos, en dirección al mar.

El lobby parecía una prolongación del exterior. Espantaba de tan iluminado y vacío. En la carpeta un joven serio, despierto, miraba hipnotizado los cristales de la entrada. Ella se hundió en uno de los cómodos divanes de la terraza, que la envuelve como un guante de espuma. Nada era más agradable, después de todo un día de marcha, que estirar las piernas fatigadas y hermosas. Esperaba con ansiedad la salida del sol para mostrar su cuerpo de tigresa joven vagando por la arena. Él se identificó, y el carpetero registró sus generales. Dijo que tenían reservada una cámara personal. *No, no* era un problema de capacidad, sino que él *no* estaba autorizado a cambiar lo establecido. Sí, tenían habitaciones para dos personas, pero *no* podía resolver —ni siquiera momentáneamente— la situación.

Ella no lo podía creer. Que todo se desmoronara así, de repente, en las mismas narices de la gloria. Era un *criterio erróneo* empezó a decir, y terminó gritándole al carpetero que se metiera sus alcobas por el culo. Ya entonces ninguna excusa sería suficiente para deshacer el entuerto. Al otro día, él podría reclamar ante los organizadores del evento y el director del hotel, pero si no habían dejado prevista la solución de cualquier contingencia, no mucho se podía esperar. Al preguntarle si conocía alguna alternativa, el carpetero ni siquiera se dignó a mirarlo, hipnotizado otra vez frente a los cristales. Y allí en el lobby no podían quedarse, después de lo sucedido.

No tenía sentido indagar en otros lugares. Estas disposiciones funcionan en todas partes; sin muchos matices, siempre recibirían la misma respuesta. No podían regresar. Nada se movía. Pero tampoco lo deseaban. Si habían llegado hasta allí, algo del lugar tenían que usufructuar. Se trataba de la playa más hermosa del mundo, —decían.

Sin alejarse mucho de la villa se desnudaron y entraron al agua. El terral amainó, las olas (también) se habían calmado. Por un largo rato se mantuvieron a flote, acunados por ese manto de placer oscuro y tibio. Era comfortable estar allí, olvidarse de las fatigas del día bajo aquel cielo con luna llena. Cada tanto, aprovechaban su resplandor para sumergirse y nadar contra corriente. Esto daba la sensación de desplazarse en el espacio cósmico. Las diminutas partículas del placton absorben la luz como bacterias fotógenas, y su fosforescencia, al ser atravesada, hace ver miles de cuerpos errantes e iluminados que pasan a nuestro lado.

La playa estaba desierta. Sentados en la arena, compartieron las provisiones que quedaban del viaje. Habían guardado también un poco de alcohol en una caneca de J&B. Comieron y bebieron; luego los atacó la sed. Él regresó a la villa, donde el cocinero de guardia le llenó un recipiente con agua medio salobre. Ella lo esperaba afuera, sentada en la hierba del jardín. Desde allí miraba las ventanas cerradas de las habitaciones, intentando adivinar cuál hubiera podido ser la suya; escuchaba el rumor de los aires acondicionados, el goteo helado en los pasillos exteriores como lágrimas de ambrosía.

A un lado del hotel había un muro, de grandes piedras calizas, que casi llegaba hasta la orilla de la playa. Junto a él crecían algunas uvas caletas protegidas

por la misma altura de la pared. Allí había intimidad; por la quietud no tenían que preocuparse. Otra vez al mar para quitarse la arena de los cuerpos. De vuelta, recogieron sus cosas: dormirían entre los arbustos.

Aunque no era el paraíso, allí se estaba bien. Extendieron sobre la arena las amplias toallas de playa, las bolsas como almohadas. Ella sacó una cajetilla de Marlboro, guardada para el momento en que, ya acomodados en el dormitorio, se echaran sobre la alfombra a contemplar el horizonte entre las cortinas de seda movidas por la brisa marina. Bebieron otro poco de alcohol directamente de la botellita. Cuántos brebajes no había conocido la querida caneca, atesorada por su capacidad de aparecer siempre, después de las peores borracheras. Este tipo de fidelidad le ha permitido conservar las pocas cosas que posee. Igual pasa con su mala suerte, que se traslada con él dondequiera que va.

Ella, en cambio, prefiere ejercitar su imaginación, y como todo podía ser como debió haber sido allá arriba, en la tranquilidad y el confort verdadero de la alcoba, desabrocha la parte superior de su bikini y le acaricia el pecho desnudo con la punta de los senos. De abrir los ojos, él podría ver la lengua de su compañera cuando se humedece los labios para recorrerle el cuerpo. Realmente se pierde un gran momento: es la boca, la lengua, el gesto de una profesional. Pero prefiere mantenerlos cerrados y sentir el pelo cuando roza sus párpados, la punta de la nariz, los pómulos, toda la cara. Decide esperar entonces el peregrinaje de la saliva por la piel, el húmedo contorno que va perfilando sus músculos hasta envolver su miembro de piedra en una tibia cápsula de secreción espumosa. Ella tiene los labios llenos de sal, los pezones y el clítoris cuando la voltea y quiere arrancárselo con la boca. Boca de sal también. La luz de la luna, infiltrándose entre los arbustos, diseña ideogramas de plata en la espalda que convulsiona, cabalgando furiosa en la doma del cóctel, que descabeza y engulle con la presión de la vulva. Él la agarra por la cadera y empuja desde abajo, arqueando su cuerpo con cada golpe de penetración; quiere perforar esa oquedad y esparcir su semen en el cerebro de la amante, que la presión lo haga subir hasta allí.

Como casi siempre en ocasiones anteriores, era un amor furtivo, precario también, pero ellos ya no se acordaban. Al voltearla, ella afinca sus manos contra el muro, levanta las caderas y presiona hacia atrás, pero sin hacer resistencia. Ambos reprimían sus jadeos; los excitaba aquel sonido producido por la fricción viscosa de sus órganos, que se amplificaba con la intensidad de sus movimientos, con la pasión que crecía en cada uno. Ella pensó que el glande de su amante era imponente y preciso, y los primeros efluvios crecieron desde su oscuro manantial, inundando su fuente de jade con una baba dulce y caliente que se escurrió entre los dientes, colgando en hilachas de las comisuras antes de gotear sobre la arena. Ni siquiera intentaron alguno de sus juegos malabares; cada cual pretendía la posesión más feroz. Un luthier llama «ánima» a ese fulgor, al corazón inimitable de un violín y no al sonido de una cuerda vibrante, que puede ser sólo el resultado de una ejecución precisa. A ese núcleo se llega por desesperación, por extravío: el conocimiento nos

aproxima, pero desconoce la clave porque todas son distintas. Entonces gritaron. Muy fuerte, como si quisiesen demoler unas paredes inexistentes. De rabia y de deseo ambos, a la vez, sincronizados los orgasmos. El de ella perdura, sin embargo, queda suspendido en el aire, en el silencio. Todos sabemos —por descubrirlo fue cegado Tiresias— que el goce femenino es, al menos, doble con relación al de los hombres.

Relajada, conservando la misma posición en que un instante antes había aullado de placer, ella se quedó dormida sobre un amasijo de bolsos y toallas. Los rituales que la prisa imponía se habían vuelto familiares; eran voluptuosos pero sin grandes exigencias, y su modo de hacer el amor no tenía un claro inicio o un final definido, y muchas veces terminaba en el sueño. O el sueño lo interrumpía. La luna dibujaba ahora sus arabescos sobre las nalgas duras y perfectas de la muchacha, sombras variables con cada golpe de aire en los arbustos. Él extendió como pudo las toallas, tirando de las puntas en su intento de cubrir todo el territorio bajo su cuerpo sin despertarla. Hacía mucho calor, pero la humedad de la arena en la madrugada es nociva para los pulmones de una adolescente. Luego se tumbó junto a ella, bien pegado a la piel todavía sudada, y arrojó sin cuidado los dos cuerpos desnudos con un vestido de flores, ancho como una sábana.

Ella sintió un destello que le traspasaba los párpados, y entreabrió los ojos. A diez centímetros de su cara, el hocico jadeante de un pastor alemán la olfateaba. Los colmillos, dos cimitarras de marfil, brillaban en la oscuridad. Una tensa correa de cuero detenía los tirones del perro, impidiéndole acortar aquella distancia oscilante y precaria. Desde su posición pudo ver también la punta de una bota negra junto a las patas del animal. Fingió seguir profundamente dormida, y simulando uno de esos movimientos incoherentes propios del sueño, se cubrió las piernas y se volteó, enlazándose a su compañero. Él pudo sentir los pechos tibios aplastados en su espalda, y para reciprocitar esa muestra de afecto quiso virarse, pero ella, aprovechando la cobertura de la tela que los cubría, le apretó con fuerza un brazo. Era la presión del miedo, y él lo sintió enseguida.

—Vamos, despiértenlos.

—¿Usted está seguro, capitán? Parecen extranjeros...

—¿Extranjeros? Extranjero soy yo.

—Los de aquí no duermen desnudos en la arena. Además, no sé... mire la caja de cigarros...

—Sujeten bien a los perros. El que llamaban capitán encendió su linterna antes de aproximarse. Ellos, soportando el navajazo de la luz en el rostro, hicieron lo posible por no arrugar el ceño. Podían oler el aliento del hombre, mezclado con otro más caliente y apestoso que debía ser el de uno de los perros. Lo sintieron moverse alrededor, con cuidado, tocar la botella con la punta de la bota. Si se le ocurre pegarme el oído en el pecho estamos perdidos, pensó él. O en el de ella, que martillaba en su espalda.

—Yo mejor los dejaría... Puede ser un problema.

—Cállese.

Apagó la linterna y dio unos pasos hacia la playa. «Estos cabrones... qué bien viven...» Con el arreo de los perros en la mano fue caminando lentamente hasta la orilla, donde hizo que las cabezas de las bestias se aproximaran a la superficie serena y negra del mar. Allí se reflejaron los dos pares de ojos, cuatro brasas rojas que resaltaban entre las partículas plateadas de placton. Aquel hombre sabía que la mirada del basilisco es tan fuerte que su propia imagen puede matarlo, y los llevaba a abreviar allí, en el fluido oscuro, donde el reflejo de sus propios ojos no pudiese aniquilarlos.

Saciados, los ojos se apagaron. El hombre, entonces, metió entre los dientes de los dogos una mano forrada con un grueso guante de goma. Por las marcas podía medir la presión de las mandíbulas. Parecía satisfecho.

Los dos subalternos habían quedado empotrados en la arena, intentando adivinar las desnudeces que la tela sobre los cuerpos apenas insinuaba. El capitán se acercó. «Todo está bajo control. Muy tranquilo y muy bueno. De estos dos, mañana sabremos quiénes son. Ahora enmascaren los hierros y vamos al mar. Tal vez hoy los pescaos vengan más temprano».

Ellos podían oír las risas en el agua. El chapoteo de los perros. Aún así, decidieron mantenerse inmóviles. Se habían llevado la caneca, y ahora la lanzaban a los canes, que la traían de nuevo hasta la orilla. Él necesitaba un trago para calmarse; ella hubiera dado la vida por encender un cigarro. Así durante dos horas, hasta que comenzó a clarear. Las dos horas más oscuras de la noche, entre los gritos y los aullidos de los perros. Un par de veces lanzaron la botella cerca de ellos. Los pastores alemanes pasaron el hocico sobre la tela floreada, por las piernas descubiertas y cerca del cuello de él. Había luna llena. La segunda vez estuvo a punto de gritar, pero sólo la presión de la muchacha sobre su abdomen logró contenerlo.

«Aquí hoy no viene ni dios. Andando». Oyeron otros gritos, sin saber si estaban dirigidos a ellos o a las bestias. A estas alturas ya daba lo mismo, y la ronda se alejó despacio, bordeando la línea del agua. Un rato después, todavía paralizados, intentaron algunos movimientos cuando la brisa fría que venía del mar azotó los arbustos sobre sus cabezas. Entre los dos se frotaron los brazos y las piernas. Entraban en calor a medida que todo se hacía más nítido. Otra vez reinaban la calma y el silencio. Al incorporarse, vieron una pareja de delfines que se desplazaba paralela a la línea de la orilla. Saltaban hacia el sureste, cincuenta metros mar adentro. Corrieron entonces un buen tramo, manteniendo el ritmo de los mamíferos en el agua, hasta caer extenuados. Luego siguieron caminando, despacio, y con sus pasos borrraban las huellas de los perros en la arena.